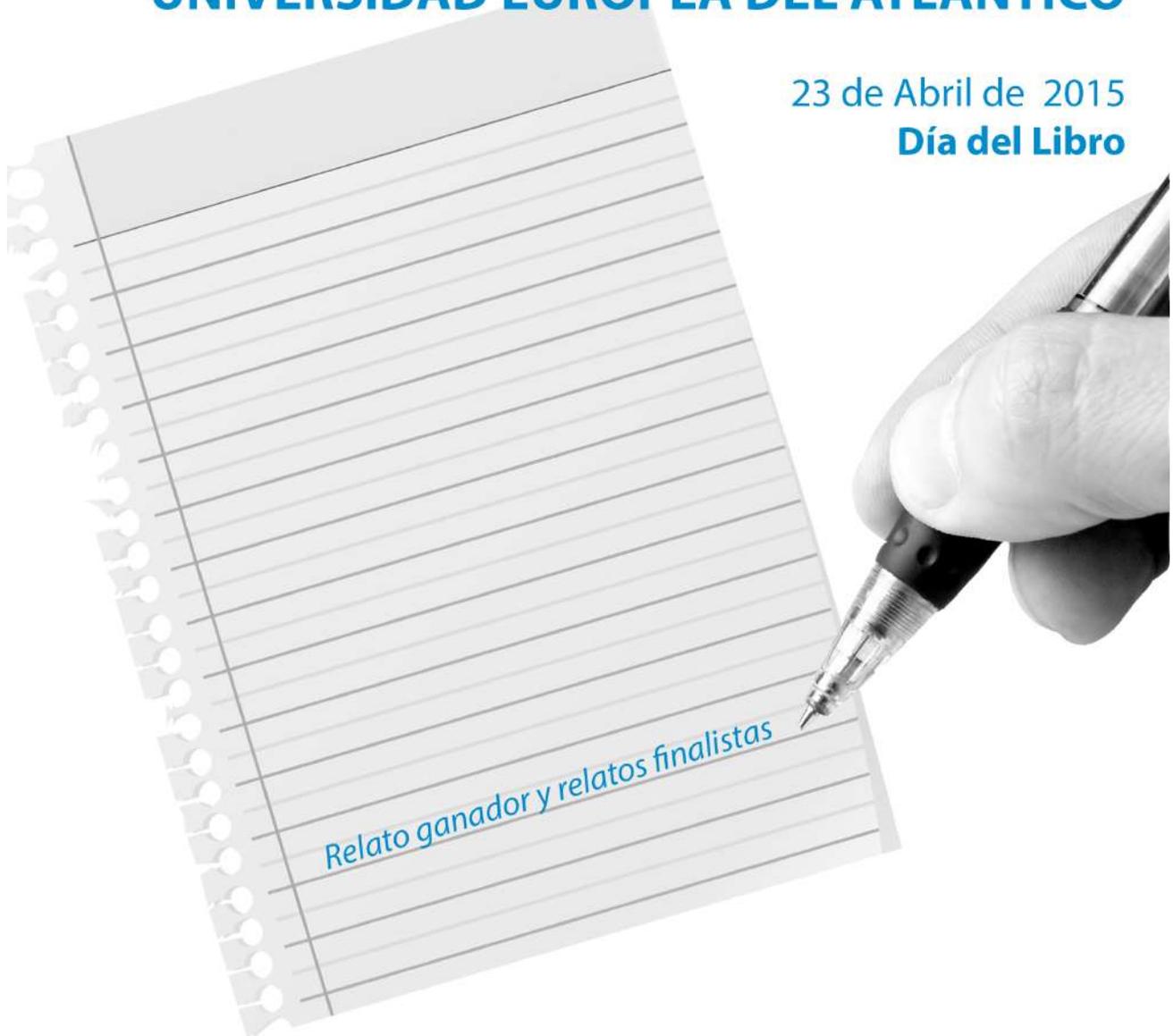




Universidad  
Europea  
del Atlántico

## I CERTAMEN DE RELATOS CORTOS UNIVERSIDAD EUROPEA DEL ATLÁNTICO

23 de Abril de 2015  
**Día del Libro**



## *Presentación*

La publicación que le presentamos a continuación reúne los cinco textos finalistas del I Certamen de Relatos Cortos organizado en la Universidad Europea del Atlántico con motivo del Día del Libro. El concurso –en el que participaron alumnos, profesores y personal administrativo– contemplaba una temática libre y abierta a la creatividad de los participantes.

Según figuraba en sus bases, la extensión de los textos no debía exceder los cuatro folios. Un relato corto, por definición, es una creación literaria más breve que una novela y, muchas veces, ahí radica su complejidad. El autor ha de esmerarse para, en pocas palabras, captar la atención del lector y cerrar su pequeña historia con coherencia y capacidad de síntesis.

Agradezco a todos los participantes su implicación y traslado mi enhorabuena a cada uno de ellos, especialmente al ganador, el alumno del primer curso de Psicología Cristian Hidalgo Saiz.

**Rubén Calderón Iglesias**

*Rector*

# Índice

SINOPSIS	-----	4
LA SOMBRA DEL VIGÍA de Cristian Hidalgo Saiz (Relato ganador)	-----	6
DIÓGENES de Manuel Masías Vergara (Finalista)	-----	10
EL TESTIGO DE LUCÍA de Fernando Ruiz Blanco (Finalista)	-----	13
LOS INSONSABLES CAMINOS DE LA VIDA de Andrés Illescas Junquera (Finalista)	-----	16
AQUEL VERANO de Alameda (Finalista)	-----	20

## Sinopsis

### **RELATO GANADOR: “La sombra del vigía”**

*Autor: Cristian Hidalgo Saiz (Alumno del grado de Psicología)*

Cristian Hidalgo con “La sombra del vigía” ha conseguido que todos los miembros del jurado se hayan preguntado dónde estaban mientras lo leían. Cristian los ha sumergido, desde la primera frase, en un relato metafísico partiendo de un principio supremo, a partir del cual va interpretando una realidad. Una realidad narrada desde la visión de Bezaliel, el número 13 de los 69 vigilantes, que después de la creación mandaron a vigilar los valles de la Tierra hasta el Día del Juicio Final.

Bezaliel, también llamado Busasejal o Basasael, es el ángel caído del que menos se sabe, ya que los manuscritos están tan dañados que son difíciles de traducir. Por ello, el protagonismo que adquiere en el relato y su papel en el Armagedón bien podía haber sido escrito de esa forma.

Se describe un mundo oscuro, desolado y apocalíptico, donde los Grigori, un sinnúmero de soldados de apariencia humana cuyo tamaño se describe como mayor que el de los grandes gigantes y que son el fruto de la relación prohibida entre ángeles y mujeres humanas, han invadido la Tierra.

El mundo se acaba y no hay esperanza de supervivencia para la raza humana, entonces, nuestro narrador, en apenas una página, relata dos acontecimientos que pueden cambiar o no, ese final. Pero para saber lo que sucede os invitamos a que lo leáis.

### **RELATO FINALISTA: “Diógenes”**

*Autor: Manuel Masías Vergara (Miembro del PDI)*

“Diógenes” tiene una estructura perfecta para un relato corto. Aporta dos visiones de una misma persona, la del narrador y la del propio protagonista, con un lenguaje que puede recordar a los cuentos del gallego Manuel Rivas, utilizando las oraciones como si fueran las estrofas de un poema.

**RELATO FINALISTA: “El testigo de Lucía”**

*Autor: Fernando Ruiz Blanco (Alumno del grado de Psicología)*

“El testigo de Lucía” aporta la frescura de un relato bien escrito. Trata de manera esperanzadora y sin caer en la cursilería -algo muy sencillo cuando se tratan temas de esta naturaleza- un problema, desgraciadamente muy en boga, como es la anorexia.

**RELATO FINALISTA: “Los insondables caminos de la vida”**

*Autor: Andrés Illescas Junquera (Alumno del grado de Periodismo)*

Andrés Illescas describe en su cuento el mundo del hampa como si se tratara del guion de una película de los años 40. Sus personajes muestran algunas de las características que hicieron famoso al actor James Cagney en sus papeles de mafioso. Es un guion bien elaborado, conciso y con algún gag (como cuando uno de los mafiosos se embadurna de Paco Rabanne y arde al encender un cigarrillo) propio de un Jack Lemmon en una película de Billy Wilder.

**RELATO FINALISTA: “Aquel verano”**

*AUTOR: Alameda*

El hilo conductor, una casa abandonada donde un grupo de chavales se adentra, sirve para dar pie a un relato cargado de delicadeza donde se evoca la transformación de la niñez a la juventud. Se desconoce si esa fue la intención del autor al escribirlo, pero este relato traslada al lector a una infancia, para algunos ya lejana, cargada de nostalgias y ternura.

**Natalia Liaño Rincón**  
*Extensión universitaria*

## Relato ganador

### LA SOMBRA DEL VIGÍA

de Cristian Hidalgo Saiz

*“Dios creó al hombre para la incorrupción y le hizo a imagen de Su propio ser. Mas por la envidia del diablo entró la muerte al mundo y la experimentan los que le pertenecen”  
-Sabiduría 2*

Esa noche no hubo finales felices. Nadie comió perdices, ni un beso rompió la pesadilla. No hubo victorias pírricas, ni héroes que conquistaran nada después de muertos. Tampoco valientes que salvaran la ciudad en el último momento, sacrificando sus propias vidas para ello. Dios nuestro Señor no escuchó plegarias esa noche, prefirió taparse los ojos y evitar contemplar lo que se echaba encima de su creación.

Corderos. A eso se redujo su prole. Su humanidad. Escondida detrás de muros, muriendo de hambre y sin tener ninguna oportunidad de derrotar al enemigo exaltado ¿A qué los has conducido, Señor? ¿Por qué te afanas en poner a prueba su mortalidad? ¿Es este el Paraíso con el que tanto han soñado? No lo creo.

Mis recuerdos no alcanzan a vislumbrar la última vez que la humanidad gozó de un periodo de paz absoluta entre ellos. Después de años tratando de entender los motivos, creí haber llegado a la llave del asunto: su afán por autodestruirse.

No he sido conocedor de ninguna otra especie de la creación que sintiera la necesidad imperiosa de acabar con su vida, de forma activa o pasiva. Les he observado intoxicarse hasta la muerte con líquidos ardientes, llenar sus pulmones con humos venenosos, comprobar la efectividad de la gravedad lanzándose de cabeza por un puente o luchar entre ellos por los límites de sus volubles territorios ¿Y todo para qué? ¿Es posible que ese “afán por autodestruirse” les haga recordar que son mortales? ¿Qué están vivos? Si algo han aprendido en las últimas décadas es que el miedo a la muerte también hace que se sientan vivos, y que aprecien más cada aliento que abandona sus frágiles cuerpos.

Mis recuerdos no alcanzan a vislumbrar la última vez que la humanidad gozó de un periodo de paz absoluta, hasta ahora. Un enemigo común, una fuerza que desafiara la arrogancia humana lo suficiente como para que se sintiera amenazada. Eso hizo falta para que la prole uniera sus fuerzas, ignorando fronteras, razas e intereses. Uniéndose bajo la confianza en el único y verdadero Dios. Me entristece que haya sido necesario llegar hasta este extremo para conseguir tal bien supremo.

Sin embargo, ni la alianza de toda la especie consiguió poner freno a la invasión que ya se había iniciado. Muchos catalogaron al enemigo de "animal", por su enorme aspecto físico y su afán devorador. Con el tiempo se descubrió que gozaba de una inteligencia táctica muy superior, incluso, que la de un ser humano. Otros apuntaron luego al cielo hablando del término "alienígenas", pues este mundo nunca había visto una especie como esta en su existencia. Por último, los más devotos optaron por señalar al suelo y defender que eran enviados del Infierno, buscando destruir el mundo del hombre bueno.

Pero eso dejó de importar cuando se tañeron las campanas de la última fortaleza humana al este del Atlántico. Una fortaleza de un tamaño colosal, en cuyo interior, cerca de medio millón de personas sentían seguridad y soñaban con que cada día no fuera el día de su cita con la muerte. Esperaban que los descomunales muros de piedra maciza siguieran imponentes durante generaciones y deseaban que la milicia supiera hacer su trabajo llegado el momento. Y el momento había llegado.

Mi labor es la de un mero observador, un vigilante. No se me permite interactuar directamente con ningún ser físico de la Tierra. Estoy a su lado y empatizo con sus sentimientos, pero nunca me muestro. No debo. Solo escribo. Por mi bien.

Me sitúo en la avenida que tengo más cercana, abarrotada de mortales. Descontrol. Miedo. Desesperación. Huyen como corderos hacia los muros interiores. Los milicianos tratan de imponer un orden civilizado pero la muerte llama a las puertas, y nadie quiere estar cerca de la puerta cuando entre. Gritan, lloran y se lamentan. Una madre reza con su hijo en brazos. Mientras corre implora diciendo *"Dios, perdóname... No permitas que me arrebaten a mi hijo... Perdónale a él de este castigo..."* Inocencia. Está en manos de Dios perdonar, pero el perdón no la salvará hoy. Dedico una mirada de reproche al cielo.

La calle se va despejando, dejando a la milicia a solas con el silencio, y en paz con los pensamientos de aquello que les espera al otro lado de los muros. El cielo se torna rojizo, como la sangre que se derramará esta noche. La sangre de los débiles. Débiles como el hombre que recorre ahora las calles a duras penas. Es anciano, suple la ausencia de una pierna con una artesanal muleta de madera. Siente un frío aliento en la nuca, sabe que se le agota el tiempo. Su corazón está disparado, no llegará a los muros interiores. Como un rayo, se precipita contra el suelo, presa del pánico y la torpeza. La milicia le ignora, no pierde su tiempo con débiles. La humanidad actual está formada por la élite. No hay lugar para los restos.

Las campanas vuelven a romper el oscuro cielo de la fría noche. Ya están aquí. Todos los soldados corren sin excepción a los muros. Será allí donde se reúnan con el destino. Todos morirán esta noche. No lo saben aún, tratan de evitar ese pensamiento, pero lo harán. Prefieren dejarse llevar por el momentáneo valor ¿Sería correcto decir que se sienten complacidos de manera innata al poder recuperar la posibilidad de autodestrucción? ¿Es la mortalidad lo que les infunde valor, el miedo a perder la vida, la necesidad de supervivencia? Me siento intrigado.

Mayor es mi intriga cuando veo a un miliciano parado en medio de la calle. Diría que el miedo ha embriagado su dubitativo corazón. Pero me equivocaría. No es miedo lo que siente, sino compasión. Mantiene su mirada fija en el anciano anteriormente mencionado. Este no le corresponde, está demasiado cansado siquiera para levantar la cabeza del suelo, probablemente ni siquiera esté consciente ¿Qué intenta? Levanta al anciano

haciendo alarde de fuerza y lo lleva en brazos hacia las zonas interiores. Fascinante. Me acerco interesado a él mientras anda ¿Por qué sacrificar su tiempo, y posiblemente su vida, por un ser que no pasará de esta noche? Él es consciente... “¿Por qué, tú, cordero, pierdes tu tiempo intentando salvar a un hombre que nunca te conocerá, que nunca te lo agradecerá, que posiblemente muera en una hora o en un día? ¿Por qué darle más tiempo, si su destino está escrito? ¿Por qué, si es viejo y tullido? No aportará nada a este, vuestro mundo.” Digo a su lado, a pesar de que mis palabras son inaudibles para sus oídos de mortal. Detengo mi persecución, pensativo ¿Esto es lo que llaman “esperanza”? Creí muertos los antiguos valores, perdidos en este involucionado mundo. “*Esperanza*” repito sin darme cuenta en alto. Debo reflexionar mucho al respecto.

Mientras la milicia lleva a cabo su baile con la muerte en los muros, y la prole espera su turno en las zonas interiores, un grito agudo desgarrar el aire y mi concentración. Viene de un callejón contiguo. Me dirijo allí, curioso.

...

“*Por favor... Por favor...*” Lloro ella lentamente. Está tirada en el suelo, contra una enmugrecida pared. Sus ojos son cascadas que mueven su oscuro maquillaje hacia las zonas bajas de sus mejillas. Su negro pelo alborotado parece salido de una dura refriega. A duras penas mantiene su vestido agarrado sobre sus pechos, mientras un hombre con ropas de miliciano se la acerca con paso sereno. Otro acto de bondad. Ha tenido suerte de que ese miliciano anduviera cerca para sofocar su comprensible miedo.

“*Por favor... Déjame ¡Déjame!*”, exclama ella. El iluso ahora soy yo. Temo que mi juicio haya sido embriagado por el anterior acto. Ese cordero no es lo que parece, es un lobo escondido entre ovejas. Me aproximo. Apesta a lujuria y maldad. “*Cállate...*”, susurra él mientras la agarra por las muñecas. “*Cállate, o no esperaré a terminar para rajarte el cuello.*” Su boca se acerca al cuello de su presa, que se resiste por alejarse. Huele con fuerza su pelo, provocando mayor excitación en su cuerpo de la que ya tenía. Repulsivo. Almas podridas que ni en la mayor desolación de su especie dejan a un lado los impulsos más perversos de la carne ¡vergüenza me da que, oh Señor, permitas esto! No debo implicarme, ni siquiera de manera emocional pero no puedo evitarlo. Tal injusticia me abruma e irrita como a cualquier mortal. Sus desesperados llantos crecen mientras él la fuerza entre sus garras. Garras de carroñero, no se merece la comparación con un lobo. Es un buitro. Un alma carroñera que ataca a los débiles mientras los fuertes no miran ¿Aunque no es eso a lo que se ha reducido la humanidad? ¿A dejar a los débiles atrás? Yo mismo me contradigo ¿Está mi juicio nublado? ¡No! ¡Me niego! Los antiguos valores aún deben prevalecer. Ningún ser debiera aprovecharse de un igual o inferior. Por otro lado ¿Por qué, si está en su naturaleza hacerlo? ¿No es el fuerte el que somete al débil? ¿No está el débil marcado desde que nace para caer ante el más fuerte? Sí, pero esto no es una sumisión, esto es un abuso.

Ella patatea. Él la golpea, piensa que se mueve demasiado. “*Ni un millar de castigos serían suficientes para hacer justicia a tu vil comportamiento*”, le susurro al oído, aunque él no oiga más que una leve brisa.

Los intentos de la joven por escapar cesan. Ya ha caído al suelo, con el engendro encima y sin ninguna posibilidad de resistirse. Grita, pero es inútil ¿Cómo puedes, oh, Dios, contemplar esto y no inmutarte? El libre albedrío fue un castigo, no un privilegio. Un nuevo

“yo, me lavo las manos”. Estos únicos pensamientos podrían considerarse traición ¿Debo controlarme? ¿Debo seguir censurando la realidad? ¿Cómo puedo, oh, Señor, observar esto y mantenerme pasivo?

Dios mío, mis pensamientos me traicionan, perdóname. Me estoy dejando llevar por los sentimientos más humanos. El buitre jadea cual cerdo. Ella siente su fétido aliento sobre su boca. Lloro. No quiere mirar, así que aparta la mirada. A pesar de que no sabe que estoy ahí, sus ojos dan de lleno con mi mirada. Unos ojos tristes que piden misericordia. Unos ojos húmedos que gritan “auxilio”. Unos ojos verdes que me preguntan “¿Por qué lo permites?” No pierde las ganas de huir, pues al primer contacto íntimo vuelve a patear. Recibe otro golpe en la sien, y un rodillazo en el estómago. Ahora sí está sometida. Sus ojos se han cerrado, cansados de su lucha. No quiere ver esto, para no recordarlo.

¿Debo mirar y aplaudir? ¿dejar que se salga con la suya? “Solo eres una humana” Digo para autoconvencerme. Miles de humanos están pereciendo ahora mismo en los muros de esta fortaleza, miles de millones han perecido ya en manos del enemigo de la humanidad... Si no intervengo ni intervino con ellos ¿Por qué debiera hacerlo por ti? ¿Por qué ibas a ser tú especial? No. Soy un observador, no debo intervenir. La intervención es desacato, y el desacato se paga muy caro. Doy media vuelta y comienzo a andar hacia la salida del callejón.

¿Por qué debiera hacerlo? ¿Por qué debiera yo sacrificarme por un único ser insignificante para la humanidad? Probablemente muera en unos días, o en horas. Además, tampoco tendrá mucha utilidad para la prole. Me detengo, lleno de dudas. Me cuesta pensar con claridad ¿Por qué? ¿Por qué debiera salvarte? ¿Por qué debiera sacrificar mi rango por ti? ¿Por qué? Dedico una breve mirada al cielo.

El callejón se iluminó con la luz de cien Soles, el hombre gritó y el aire se embriagó con el olor a carne quemada. Ella abrió los ojos, con las manos de por medio, y contempló a su agresor fallecido en el suelo. Lo siguiente que vio la hizo llevarse las manos a la boca y retroceder con los ojos casi salidos de sus órbitas. “Contempla ahora, cordero, tu salvación, y no la olvides, pues será lo más hermoso que contemples en tu corta vida mortal” sentenció, antes de ser reclamado.

*Diario de Bezaliel, antiguo Ángel Vigía de los dominios humanos.*

...

“Sabías que no debías mostrarte” dijo en toda su gloria. “Sí” afirmé. “Aun sabiendo el castigo lo hiciste” sonó de nuevo en la Sala Celestial. “Sí” repetí. “Ahora te pregunto, Bezaliel, ¿por qué?” Dediqué una breve mirada al suelo antes de contestar.

“Porque tenía esperanza”.

## Finalista

### DIÓGENES

de Manuel Masías Vergara

III

Aquel anciano mendigo apoyó sus fatigas sobre el abrigo que algún despistado parroquiano probablemente se había dejado olvidado, presa del apuro, en el rincón más lúgubre de la peor estación de autobuses de la ciudad. O quizás lo abandonó: ¡que más daba si ahora tenía nuevo dueño! Aunque hacía mucho que en la calle no apretaba el frío, la necesidad le hizo descubrir otros usos para aquella mullida prenda, cosa que su espalda agradecía doliendo por las tardes y sólo lo estrictamente necesario. El haberse encontrado con aquella joya inesperada lo movía a volver a la estación –día sí, día también-- lleno de ilusión por encontrar más cosas útiles. Y casi siempre lo hacía, llenando de las más diversas tonterías su viejo zurrón a punto de reventar, mientras acariciaba con sus pies el suelo de la terminal, en señal de afecto, de aprecio, de cariño nada circunstancial sino todo lo contrario: un sentimiento que se había tatuado a fuego en la parte menos ida de su conciencia, un afecto estéril imperfecto, al que ya ni la locura que retorció sus pasos por más de una docena de lustros era capaz de borrar.

I

*Diógenes... Los ecos de la ciudad me llaman Diógenes, porque una tarde mientras frotaba mi vientre con entusiasmo les aclaré con firmeza que era así como debían llamarme. Ecos raros, ecos locos: al principio me desesperaban, pero descubrí que en el fondo son razonables puesto que hacen el intento de escuchar lo que uno les dice, y tienen la extraña virtud de quedarse en mi cabeza, repitiendo la lección con cadencia casi matemática. Fumé con ellos y ahora les he pedido que me acompañen, mientras la imaginación silba los colores que quiero ponerle a los hijos que pinto en las paredes de mármol gris de esta cárcel de huesos.*

*Las luces de la noche son viejas amigas mías que nunca me dejan solo: allá donde voy me basta con evitar a la gente y levantar la mirada para volver a encontrarlas. ¡Benditas sean! Ellas sí que saben decirme donde tengo que aplicar la aguja para evitar la sensación incómoda del pinchazo. Y para que el tónico actúe más rápido: lo que pasa es que en esta isla hay muchos prejuicios para con la gente que se automedica. Ignoran que tengo estudios, que viví una larga juventud en la que pasé de todo y que si de algo puedo enorgullecerme es de saber mirarme de modo crítico en un espejo: el secreto es hacerlo con los ojos cerrados, así el diagnóstico no falla.*

III

Cuando nadie le observa, o al menos cuando él lo cree así, camina pesadamente arrastrando sus pertenencias hasta la plaza de Cardo con Mirones, en donde pasa muchas de sus noches. La gente se inquieta por la madrugada puesto que oyen gritos indefinidos, como si de una discusión se tratase. Ignoran que ha adoptado como adversarios intelectuales a las bombillas que cuelgan de las viejas farolas, con quienes sostiene acalorados debates, monólogos en realidad, acerca de aquellas cosas que el común de los mortales temen hablar: que es lo que pasa cuando uno no tiene la razón. Y eso es algo que lleva viviendo en carne propia desde hace mucho tiempo.

I

*Por la noche iré a visitar a Brico. Es raro que ese vejete se niegue a hablar de día o nunca quiera dejar su esquina: me gustaría poder llevarlo a mis dominios, para que vea los murales en los que trabajo y que tantas veces le he descrito. Por el contrario: es tan testarudo que insiste en que quedemos en su barrio, me invita a tomar asiento y promete servir una lluvia-veraniega que nunca llega. En el fondo creo que no es más que un acólito blando de una dudosa sacristía, que se dedica a lucrar con los temores de la gente, apoyándose en el desconocimiento. Hace unas semanas me quería convencer que sus charlas servían para ayudar a muchos a perder el miedo a la muerte. Sin embargo, cuando le pregunté por qué no habría de temer no supo responderme. Divagó, retorciendo su sermón entre el más allá, la inmortalidad, la esperanza, lo inmaterial, el hecho y el deseo, pero finalmente no supo concretar nada. Cuando en realidad es muy fácil darse cuenta de que si la muerte fuera algo realmente malo, de los cientos de miles de millones de seres humanos que han partido alguno ya habría vuelto.*

*A mí no me engaña con sus planteamientos de libros extraños ni con sus aburridas referencias gratuitas a dogmas sagrados: nunca una frase original, nunca siquiera un error del cual enorgullecerse. ¡Alogia! Eso me hace sospechar que no tiene ideas propias, sino que repite con ligeros toques el manido discurso ortogonal que alguien le ha vendido. Porque eso sí: estoy seguro que es tan tonto que por esa cháchara sin sentido ha pagado, y mucho.*

*Y hoy se lo he dicho, como dosis de refuerzo a su síndrome del impostor, que lleva años paralizando su intelecto.*

III

Otro de sus ritos era frecuentar los alrededores de un viejo cementerio local, para luego entrar, dejando respetuosamente sus trastos en la entrada (¡e incluso el abrigo!) acompañado de su reflexión en la diestra y algunas veces de un polvoroso ramo de flores en la siniestra. Se le veía santiguarse con la convicción de aquel que nunca creyó, con pasos abatidos al entrar y decisión confundida al salir. Aunque resultaba una efigie pintoresca cuando recorría el camposanto, nadie se animaba a espiarlo para descubrir que hacía una vez dentro. Podrían haber descubierto que, a pesar de sus constantes visitas, cada vez se le hacía más difícil llegar a la lápida de la que siempre consideró su mujer. O ver cómo se dibujaba la perplejidad en su rostro cada vez que encontraba que faltaban las flores que el mismo dejaba una vez por semana, cada mes que iba.

I

*Hoy parto. No sé adónde voy ni las tengo todas conmigo, pero no quiero dilatar más este momento. Nunca ha sido mi estilo. Voy a extrañar este tugurio, aunque igual tampoco es para tanto: la ventaja de moverte en círculos es que siempre vienes devuelto al mismo sitio del que partes. Y si viajas en línea recta, juegas con ventaja porque sabes que estás en un planeta redondo y que irremediablemente llegarás al punto de partida. Alguien dijo que todos los caminos conducen a Roma, pero sabiamente omitió señalar el hecho que también lo hacen los caminos que salen de ella.*

*Por tanto, adonde vaya no me quita el sueño: regresaré. La linterna tampoco me lo quita ya que últimamente no ilumina tanto, y ese sí que es un problema pues me obliga a ir a tientas y temo tropezar, con el riesgo que caigan las penas del morral. Será mejor sudarlas en el abrigo, así no solo me acompañan sino que podré sentir las en la nariz y usarlas a mi favor porque sé que a ciertas personas su presencia les fastidia: ¡que se jodan! Llevo siglos convencido que la pareja perfecta en el mundo siempre se trata de un número impar y esta vez sí que voy a demostrarlo...*

III

La madrugada en la que lo encontraron, el médico determinó que llevaba ya varios días muerto y que todo apuntaba a una partida natural. Es decir, todo lo natural que puede serlo para un deportista teórico que no ha tenido ni miedos ni medios y que paradójicamente ha corrido una maratón para anunciar la derrota. La mueca que cruza su rostro da la impresión de una cruda sonrisa y suaviza la dureza del momento. Las pocas personas que lo vieron se preguntaban: "¿Por qué este hombre me resulta tan familiar?"

O

Y es que la virtud de Diógenes fue siempre la de ser anónimo y sin embargo dejar huella.

Si se le puede llamar virtud.

Si se le puede llamar huella.

## Finalista

### EL TESTIGO DE LUCÍA

de Fernando Ruiz Blanco

Cuando las luces de la habitación doce se apagan una luz tenue empieza a brillar procedente de Lucía, una joven de quince años. Para ella todo ha cambiado muy rápidamente en su vida, donde el que otrora fue su mejor aliado se ha convertido en su peor enemigo.

Todo era horrible cuando comenzó. No solo se sentía mal físicamente sino que también había un volcán de emociones encontradas, donde nada se podía controlar y todo le afectaba. Se escondía para huir de las personas que más le podían ayudar, mientras cada día que pasaba se encerraba más en sí misma sin dejar que nadie se acercase a ella, hasta el punto de acabar en el hospital.

Lucía está ahora mismo descansando, así que no podemos hacer mucho ruido para no molestarla.

Se encuentra cansada porque tuvo un día duro de ejercicios en el hospital. Miriam, que es su fisioterapeuta, le dice que cada día son más exigentes.

Y eso es una buena señal, se dice a sí misma para motivarse. "Si me exigen, será porque estoy cada vez mejor"

Mañana será un día especial, porque viene su profesora María Jesús. Es una chica muy divertida y siempre la trae recuerdos de sus compañeros del instituto.

Lucía les echa mucho de menos porque allí no pueden ir a verla.

Pero para ella es una tranquilidad y así lo prefiere porque últimamente se encuentra rara, como ella dice. Todo el mundo le anima y dice que se va a poner mejor. Pero el pelo se sigue cayendo, la memoria a veces va lenta y a su autoestima le cuesta crecer. Menos mal que con sus compañeras de planta hace piña y se lo pasan bien haciendo pulseras y maquillándose. Lucía sonríe excepto cuando llega el momento de comer, entonces aparecen las muecas y los suspiros.

Aunque sus compañeros no puedan venir, ella se las ingenia para estar en contacto con sus amigos.

Cuando se despierte va a hacer galletas con María Jesús y en cada una de ellas van a meter un mensaje para sus compañeros. Le encanta el chocolate, y junto a María Jesús

van a escribir los mensajes en inglés para que “no se le oxiden las neuronas”, como dice la profe.

Son muchos los mensajes que escribirá, pero hay uno especial para su hermano, que siempre le lleva un cómic diferente cada vez que va a visitarla. Además le ha regalado un gorro muy original que ha hecho él mismo. Para ella es un escudo que utilizar en los peores momentos ante el temido espejo.

Lucía tiene muchas ganas de hacer esta actividad, porque le encanta comer dulces. Pero su estómago se ha rebelado y apenas puede comer nada que no sea líquido. Así que está buscando recetas para hacer diferentes tipos de chocolates. María Jesús siempre le ayuda a buscar la mejor receta en el ordenador.

Estas actividades ayudan a Lucía a dejar de pensar en sus problemas, y le hacen sentirse a gusto y más segura. Una vez acabadas se siente mucho más fuerte para poder afrontar la realidad de su vida. Cada día lo hace mejor y su terapeuta le anima a volver a recuperar su amistad con el espejo.

¡¡¡¡¡¡Pero sin enamorarse!!!!!!

Se siente muy orgullosa del camino que hasta ahora ha recorrido, aunque no siempre fue así. Hace un tiempo Lucía libró una de sus batallas más difíciles contra aquel que las balas no matan, pero sino se remedia consigue arrancar todo tu odio en tu contra hasta conseguir herirte. Eso sí, siempre con el reflejo de tu imagen distorsionada.

Fueron días duros donde las tempestades, tormentas y demás fenómenos aparecieron con la intención de quedarse para siempre. Hasta que una de esas corrientes tan típicas del Cantábrico rompió en mil pedazos ese espejo. Cada uno de esos trozos contaba una historia diferente, aunque todas tenían el velo gris y nublado de aquello que se quiere olvidar. Ante esa situación Lucía tomó una decisión mientras recogía todos y cada uno de los pedazos, con la certeza de que sería la última vez que el azar tomaba la iniciativa por ella. A partir de ese día decidió quererse a sí misma. Decidió decirse lo que tanto tiempo llevaba deseando oír, al principio con un hilillo de voz, más tarde con un poco de vergüenza por si alguien la descubría, y finalmente gritando con una sonrisa. Un gran TE QUIERO salió de sus labios mientras sonreía a la chica feliz y de mirada brillante del espejo. Comenzando así una nueva etapa de su vida.

Se le ha ocurrido una idea: como le gusta mucho hacer manualidades, y ha tenido que cambiar su look por las circunstancias que le tocan afrontar, también ha cambiado su espejo. Le ha pintado unos ojos, una gran sonrisa, le ha pintado unas bonitas pestañas y le ha colocado un flequillo. En cuanto pueda le va a poner una corbata.

A veces Lucía piensa en cómo empezó todo, con el atletismo. Ella quería ser la mejor a cualquier precio, como su novio. Se sentía pesada y no podía aguantar el ritmo de los entrenamientos. Pensó que si comía menos tendría menos grasa y así podría adelgazar más rápido. Pero pasó algo que ella no había previsto, su rendimiento bajó y dejó de estar entre las primeras. Eso hizo que su autoestima bajara y buscara otras alternativas. Y así sin darse cuenta entró en una espiral que la llevó al hospital donde hoy se encuentra.

Recuerda las carreras con mucho cariño, su preferida es la de relevos. Le gustaba sentir la presión de su mano sobre el testigo que le entregaba su compañera y cómo se aferraba a él como si la propulsara a salir con más potencia.

Todavía ese testigo está en la mesita de su habitación, firmado por todos sus compañeros de equipo. Es su talismán y no se separa de él.

Para Lucía su propia vida es una carrera de relevos, y como su terapeuta le dice “ahora nos encontramos en una etapa con baches y obstáculos”, pero la meta está cerca.

Y Lucía así lo siente y se toma cada día como si fueran sus olimpiadas personales. Los momentos duros en los que la soledad era la protagonista de su sprint ya forman parte del pasado; ahora son la ilusión, la alegría y las ganas de superar estos obstáculos los que mueven su cuerpo hacia la meta.

Cuando ella habla con sus compañeras así se lo trasmite.

Hace dos meses sus compañeros de equipo le regalaron una caja llena de testigos. Y a Lucía se le ocurrió escribir en cada uno de ellos un mensaje para sus compañeras tanto para las que ya conocía como las nuevas que llegasen a la planta, con el objetivo de que no les ocurra lo mismo que a ella y sientan que no están solas, ya que para ella ese testigo se ha convertido en un mensaje que le recuerda la importancia del pasado, lo valioso del presente y lo relevante del futuro.

Le divierte mucho la curiosidad que a sus compañeras les entra cuando les entrega el testigo, algunas lo usan como un micrófono y a veces cantan juntas hasta que las carcajadas no paran; a otras les parece una varita mágica con la que jugar y soñar. Pero todas lo tienen en su habitación. Un día, Celia, que es su vecina de habitación, se le acercó y le hizo una entrevista utilizando el testigo como el micrófono que una periodista utilizaría para preguntarle sobre su vida deportiva. Pero al final acabaron cantando juntas, los “problemas del directo” como dice su amiga.

Espera...

Lucía ha abierto los ojos, se despereza lentamente mientras te mira. Te sonríe, alarga su brazo para abrir el cajón y te lo ofrece.

¿Estás preparad@ para aceptar el testigo?

Ya es tuyo.

## Finalista

### LOS INSONSABLES CAMINOS DE LA VIDA

de Andrés Illescas Junquera

El sol se apagaba lentamente dejando su huella rojiza, enturbiando el crepúsculo estrellado de aquel julio recién estrenado. En la mesa abundaba la sidra y la carne; presagio del festín que estaba por acontecer. Alrededor de aquel cuadrángulo de madera, cinco almas, cinco historias distintas merecedoras de contarse.

La noche avanzaba, la bebida y la comida disminuían notablemente, casi tan rápidamente como la capacidad de contención verbal de los comensales. Allí estaba yo, con mis coloretes crecientes por la embriaguez, sentado al lado de mis dos amigos, los gemelos, tan idénticos, tan iguales, que podrías conversar durante horas con uno de ellos pensando que lo hacías con el otro. Enfrente, mis padres, que a pesar de la difícil situación vivida en los últimos días –incluso en las horas previas a la cena– trataban de mantener la compostura y crear un ambiente agradable.

Tras una cena tensa, y ocho botellas de aquel zumo de manzana fermentado, ella se levantó hacia la cocina, dejando la sobremesa en cuatro “hombres sin piedad”. En ese momento, entre risas y anécdotas, surgió la gran historia.

– *¡Cuando yo tenía vuestra edad gané más dinero que en el resto de mi vida junta!* – exclamó mi padre.

De repente consiguió captar nuestra atención de forma irremediable.

– *¿Cómo?* –preguntó Ion, el mayor de los gemelos por escasa media hora.

– *Muy sencillo, durante 3 años trabajé para el grupo Rewnedi, unos mafiosos panameños que poseían un grupo hotelero como tapadera para limpiar el dinero de la cocaína...*

*Corría el año 1988. Yo era ese joven idealista, salido de una familia muy humilde, y con la clara voluntad de comerme el mundo.*

*Por entonces, ya salía con MJ, y planeábamos casarnos una vez tuviéramos la estabilidad económica necesaria.*

*Un día me llamaron de la Cruz Roja –que por aquel entonces, a cambio de una sustanciosa comisión del sueldo percibido, buscaba trabajo a personal sanitario en paro– habían encontrado el puesto perfecto para mí. El jefe de un conocido grupo*

*hotelero buscaba un enfermero que le acompañara de forma constante velando por su salud.*

*Rápidamente acudí en su encuentro, y ante mis ojos se desveló parte de la realidad de aquellos empresarios.*

*Llegué a la recepción de uno de sus hoteles, y rápidamente me dirigieron hacia un despacho más propio de la escena inicial del padrino que de un modesto hotel de la periferia.*

*Nada más entrar me percaté de la presencia de un pintoresco hombre de mediana edad, sentado en un sillón tras una ampulosa mesa de roble lacado que presidía la estancia. A la derecha, en un sofá tapizado en verde brillante, se encontraban otros dos caballeros ostensiblemente más jóvenes que el primero.*

*“Mi nombre es Roberto de Jura, aunque puedes llamarme Robert. Soy el director de este grupo hotelero”, exclamó el hombre sentado en el sillón.*

*Antes de que pudiera presentarme, se acercó a mí y metió un par de billetes en el bolsillo de mi camisa.*

*“Aquí la lealtad se paga”, susurró Robert acercándose a mi oído.*

*Cuando volví a casa aquel día, apenas pude dormir, en mi cuerpo se entremezclaban sensaciones, de miedo, dudas, pero también excitación, siendo consciente de las posibilidades que me ofrecía este trabajo.*

En ese momento el relato se interrumpió para continuar con el ritual de la sidra. Mi padre se levantó y escanció cuatro culetes con su perfección habitual, la de alguien que siente suya esa cultura milenaria.

La inquietud por cómo podría continuar la historia era palpable en nuestros rostros. Bebimos lo más rápido posible, y la vivencia de mi padre continuó fluyendo hacia nuestros oídos cual música celestial esperada tras años de diluvios.

- *Tras varias jornadas en el trabajo, ya acumulaba unas ganancias importantes, unas 50.000 pesetas en apenas cuatro días. Sin embargo, también empecé a comprender en mayor profundidad todo lo que rodeaba la realidad de la familia.*

*Lo primero que pude constatar fue la identidad de los dos hombres que estaban en aquel despacho el día de mi presentación. Eran los otros dos hermanos de Jura, Alberto y Juanma. Dos personajes del calibre de su hermano, aunque con marcadas diferencias. Mientras Robert era inteligente y avisado, al fin y al cabo, él llevaba el mando de las operaciones su hermano Alberto era un hombre agresivo, turbio, de reacciones desmedidas y Juanma era el hermano tonto, al que cualquier responsabilidad podía resultarle un problema.*

*Desde el principio mi labor consistía en acompañar al viejo durante doce horas diarias, y estar atento al teléfono fijo durante la noche ante cualquier eventualidad que pudiera surgirles. Algo que posteriormente me generaría una de las situaciones más cómicas y estresantes de mi corta vida.*

*Como he señalado, me pasaba el día junto a Robert, que se dedicaba a pasear por España en su Mercedes blindado –por aquel entonces solo el Rey y él mismo, poseían un coche de estas características– reuniéndose con supuestos grupos empresariales en poblados de las periferias de grandes ciudades como Madrid y Sevilla. Estos viajes para mi suponían pasarme dos o tres días fuera de casa sin que nadie tuviera noticias. Sin embargo, no era un problema, qué más quería yo que pasarme el día recibiendo billetes, comiendo y bebiendo en los mejores restaurantes, y conduciendo un mercedes de alta gama. Era un sueño hecho realidad.*

*MJ siempre me preguntaba por estos viajes y por la procedencia de mis crecientes ingresos. Y yo, como buen obrero de la mafia, me limitaba a adornar la realidad. Porque esta hubiera sido difícil de asumir. Dinero negro procedente de la cocaína, un grupo hotelero cuya única función era blanquear esos billetes verdes manchados de blanco, largos viajes entre botellas de Vega Sicilia, visitas a los clubs nocturnos más selectos, y un revolver –por supuesto totalmente ilegal– en la guantera del coche del capo.*

*Con los meses la confianza fue creciendo... y háganme caso, la confianza da asco. Los excesos no hicieron más que crecer, hasta el punto de ver cómo Robert entraba totalmente borracho con el coche por una calle peatonal, llevándose por delante una terraza y derribando a varias personas en su camino. Rápidamente los presentes se acercaron gritando alarmados hacia el automóvil, y Robert, por sus orígenes salvajes y los efectos de la bebida y las drogas, se bajó del coche pistola en mano, disparando en varias ocasiones al aire. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, sacó la chequera y empezó a extender cheques arrojándolos hacia los presentes, y gritando “¿qué se debe?, tomen, no hay problema, les extenderé unos cheques”.*

*Me apresuré a sacarle de allí, y ese día comenzó una costumbre que se hizo demasiado habitual. Ante las crecientes borracheras de mi jefe, me vi obligado a llevarme el coche a casa con cierta asiduidad. Esto incluye, por supuesto, el revolver de la guantera. Imagínense un coche de lujo aparcado en la peor barriada de un poblado obrero.*

*Cuando ya llevaba dos años en la nómina del HAMPÁ, los encargos aumentaban de nivel y compromiso. Traer el coche cargado con fardos desde Villa García o Pozuelo de Alarcón, quemar documentos en la cerámica situada en las afueras...*

*La situación se complicó tras salir publicada en la revista *Interviú* la supuesta relación entre el grupo Rewnedi y un helicóptero del ejército colombiano cargado con cinco kilos de cocaína que había sido capturado por la policía. Tras este desastroso suceso los hermanos de Jura estaban más vigilados que nunca, algo que quedó patente cuando recibí una inquietante llamada a altas horas de la madrugada “Carlitos ven rápido”, era la voz de Robert. Sin demora acudí al hotel, encontrándome allí un difícil panorama.*

*El pequeño de los hermanos, Juanma, estaba tirado en el sofá entre gritos de dolor. Sentados en el otro extremo de la habitación estaba Remeditos y Robert. Esta era la prostituta cubana de 18 años que Robert tenía por esposa.*

*Al verme entrar se apresuró a explicarme lo que había sucedido.*

*“Carlitos, tienes que curarle, no puede ir al hospital, nos tienen vigilados y podrían detenerle”, dijo Robert exaltado.*

*“Tranquilo Robert. Tú explícame lo que ha pasado, y yo haré todo lo que pueda”, contesté tratando de tranquilizarle.*

*Resulta que Juanma, tras ducharse, se había embadurnado de Paco Rabanne, y a continuación había encendido un cigarrillo con una cerilla.*

*El resultado fueron quemaduras de primer grado tras prenderse fuego a lo bonzo.*

*Se trataba de un problema que me desbordaba, y superaba ampliamente mis capacidades dado el escaso instrumental médico con el que contaba.*

*Traté de salvar la situación como pude, pero Juanma hubiera necesitado un médico, y atenciones hospitalarias. Sin embargo, era imposible convencer a Robert de arriesgar su patrimonio llevando a su hermano a la sanidad pública.*

*Dos días después Robert me citó en una de las principales sidrerías de la capital. Cuando llegué fue directo al grano.*

*“Carlitos, mis hermanos y yo nos vamos a Panamá. No podemos seguir corriendo riesgos. Allí la vida de un hombre, o un helicóptero cargado con coca no supone la cárcel. Tan solo un soborno a la policía. Aquí el mundo es demasiado civilizado para nosotros”, dijo Robert.*

*Las sensaciones cruzadas me asaltaron como tantas veces en esos tres años. Por un lado me sentía aliviado de liberarme por fin de un empleo en el que corría un riesgo constante, pero por otra parte, era joven, estaba viviendo la vida de verdad, al límite, no era un conformista, y nunca lo había sido.*

*La conversación no acabo ahí, y Robert pronunció unas últimas palabras que me perseguirían durante años.*

*“Ven con nosotros a Panamá, eres el mejor empleado que podríamos tener. Fiel, leal y responsable. Siempre me has cuidado bien, y creo que allí te espera una gran fortuna”, sugirió Robert*

*En los días posteriores preparé todos los detalles de mi viaje a Panamá. Había acordado con MJ que solo sería un año y luego volvería a España – algo que ni yo realmente creía.*

*Sin embargo, surgió un impedimento que pudo haber marcado mi vida para siempre. Fui llamado al servicio militar obligatorio. Esto suponía que si me iba a Panamá luego no podría regresar o sería juzgado como desertor.*

*En ese momento tome la decisión. Dejé marchar a los hermanos de Jura, y con ellos la posibilidad de una vida diferente. Por primera vez me conformé, decidí acomodarme. Al año siguiente me casé, y cinco años después te tuvimos a ti.*

*Pero nunca me arrepentiré...los caminos de la vida son insondables.*

## Finalista

### AQUEL VERANO de Alameda

El olor a madera mojada, lluvia tras lluvia, que emanaba, me anticipaba que estaba llegando a mi destino. Aquel callejón, estrecho y húmedo, que el verdín comía poco a poco, salpicado de unos pocos edificios que hacía años habían quedado abandonados a su suerte, encerraban para mí, el lugar donde había pasado las mejores tardes de aquel verano.

La casa señalada con el número 4, como el resto de las pocas que aún se mantenían en pie en el callejón, tenía su puerta principal pintada de color rojo, cerrada con una cadena de gruesos eslabones y un candado comidos por la herrumbre. Me parecía asombroso que nuestro universo particular hubiera estado protegido tan solo por unos elementos que se habían vuelto tan frágiles ante el paso del tiempo. A menudo, durante un par de segundos deslizaba la yema de los dedos por la pintura ajada y levantada de la puerta, que la conferían un taco tosco y áspero.

Siempre estaríamos agradecidos al día en el que una ráfaga inesperada de viento Sur arrancó de las manos de Víctor su examen de matemáticas. Orgulloso de su aprobado generoso, mostraba el papel en alto con una sonrisa de satisfacción. El viento arremolinado al final de aquel estrecho callejón había unido su examen a una espiral de tierra suelta y maleza. Los tres acudimos corriendo para rescatar el pasaje de Víctor a su soñado campamento de verano. Sus padres le habían prometido que un aprobado le permitiría ir al campamento de verano que su grupo *scout* celebraría en julio y, donde su vecina María, la de los ojos verdes oscuros, iría de monitora. María era un sueño inalcanzable para Víctor pero verle la cara que ponía cuando se la cruzaba era digno de estudio.

Al final de la calle, en un remolino de aire caliente, daba vueltas el papel entre la basura que el viento había ido amontonando. Víctor, se lanzó sobre el folio como si fuera a atrapar una valiosa presa, pero llegó tarde ya que el examen se deslizó bajo la amplia ranura de una puerta roja. Y ahí comenzaría el mejor verano de nuestra adolescencia.

El padre de Fran era cerrajero, al igual que lo había sido su abuelo, y él no tenía pretensión que continuar con el negocio familiar. Huelga decir que aquel herrumbroso candado no fue obstáculo para recuperar el examen de Víctor.

No fue hasta el día siguiente que pudimos llevar a cabo la misión de salvamento, cuando Fran trajo un pequeño estuche de su padre que contenía un conjunto de 9 ganzúas. Aquel

muchacho de 13 años abrió el candado en apenas 2 minutos. La puerta roja se abrió hacia dentro con un pequeño chirrido y dejó a la vista un pasillo con paredes desnudas y baldosas en el suelo cubierta de una capa de tierra fina.

El viento sur seguía soplando en Santander, lo que hacía que aquellas tardes de junio fueran especialmente calurosas. Al entrar por aquella puerta el contraste de temperatura con el exterior hizo que me recorriera un escalofrío. La atmósfera de aquel angosto pasillo era fría y húmeda. Una ventana que enfrentaba con la puerta de entrada permitía la entrada de la luz e iluminaba el polvo suspendido. A escasos dos metros se encontraba el examen de Víctor maltratado por el inesperado viaje. Una vez recogido el examen decidimos que, ya que estábamos allí, no pasaría nada por echar un vistazo.

Cerramos la puerta de entrada para evitar visitas inesperadas y comenzamos a entrar sigilosamente, con pasos lentos y cautelosos como si esperáramos encontrarnos con alguien allí dentro. En el otro extremo del pasillo, junto a la ventana, comenzaba una escalera de madera. Ascendimos por ella, peldaño tras peldaño, en fila india. Al llegar al primer piso encontramos lo que era una sala de estar. El polvo cubría el mobiliario de aquel lugar pero no nos importó. Me dejé caer sobre un sillón con orejas tapizado de terciopelo verde que ahora lucía desgastado en los brazos y asiento. Una nube de polvo se elevó. Posé mi vista en una estantería no muy alta que estaba repleta de libros y cajas de cartón. Un rápido vistazo no me atrajo hacia ningún libro en particular, por lo que mi incipiente curiosidad se centró en una de las cajas de cartón. La agarré y al sacarla de su espacio, el fondo se abrió y un montón de documentos cayeron sin orden al suelo. La caída provocó un golpe sordo, que si bien era imposible que nadie ajeno a nosotros tres pudiera haberlo oído, a nosotros nos sacó de nuestro embelesamiento. Sin intercambiar palabra alguna, los tres nos pusimos de rodillas alrededor del montón de documentos y comenzamos a escarbar. Recogí un cuaderno de tapas de piel marrón que ahora lucían enmohecidas, con manchas verduscas y que olían a rancio. En su interior, un montón de hojas amarillentas escritas con una caligrafía estrecha y tumbada hacia la derecha. Al principio, me costó entender las palabras allí escritas. Decidí ir a la primera página. En ella se estampaba una fecha: cinco de abril de 1875. A mis trece años, encontrar un diario escrito por alguien que vivió hace un siglo despertaba el mismo entusiasmo que el de un arqueólogo ante un hallazgo ancestral.

Fue así, en una calurosa tarde de junio, como Fran, Víctor y yo comenzamos a descubrir la vida de Juan Manuel Peña Martínez, un hombre que se ganó la vida trabajando como pescador desde los doce años. La cercanía de la edad en la que aquel hombre, entonces muchacho, comenzó a trabajar para colaborar en la subsistencia de su familia, con la nuestra, en la que sólo soñábamos con llegar a las vacaciones de verano, nos hizo quedar atrapados por aquellos diarios en los que Juan Manuel, poco a poco iba desgranando sus experiencias vitales.

Las vacaciones de verano llegaron en una semana, lo que nos permitió poder dedicar nuestras tardes a descubrir poco a poco la vida de aquel pescador. Siempre acudíamos en torno a las siete de la tarde, después de volver de la playa o de jugar al fútbol con otros chicos de nuestro barrio. Siempre acudíamos a la casa por separado por miedo a que alguien descubriera a tres muchachos colarse en una casa ajena arrebatándonos nuestro pequeño descubrimiento.

Nuestra primera labor fue ordenar los diarios que Juan Manuel había escrito. También realizamos inspecciones del resto de la casa, descubriendo que en el dormitorio, dentro de un pequeño armario de dos puertas con espejo, había ropa que, con toda probabilidad, perteneció al pescador. Era ropa de colores oscuros, azules y negros. Era escasa y estaba muy usada, incluso había prendas que lucían remiendos. Los pantalones eran muy anchos y terminaban en una especie de campana. Contrastaban con los chalecos y las chaquetas que eran del mismo tejido que los pantalones pero ceñidas. En la parte baja del armario había posadas dos boinas muy desgastadas que sin duda formaban parte del uniforme que Juan Manuel utilizó para salir a la mar a buscarse la vida.

Para cuando Víctor se marchó al campamento de verano ya habíamos explorado la totalidad de la casa, cada armario, cada cajón. Nunca encontramos pertenencia de valor. Todos los utensilios y mobiliario de aquella casa eran austeros y estaban desgastados por su uso y el paso del tiempo. Los quince días que Víctor estuvo fuera no avanzamos mucho a sabiendas de que cuando regresara necesitaría de esas lecturas para recuperarse de su fracaso amoroso tras darse cuenta que María, tres años mayor que él, ya estaba ennoviada con un compañero de clase. A su vuelta, la lectura de los diarios apaciguaron el corazón roto de Víctor.

Una tarde, en un cajón de una pequeña cómoda que había en el salón encontré mi pequeño tesoro. Cuando lo saqué del cajón y lo froté contra mi camiseta para retirar el fino velo de polvo húmedo que lo cubría descubrí una pipa de madera que relucía y que aún conservaba un leve aroma a tabaco. Decidí, de manera egoísta, que aquella sería mi reliquia particular y sin comentar nada a Fran y Víctor, colé la pipa en mi mochila.

A través de la lectura de aquellos diarios recreamos cómo fue su vida, siempre ligada a la pesca, saliendo todos los días a la mar a capturar bonitos, merluzas y sardinas. Hasta que los años le obligaron a jubilarse nunca conoció oficio distinto, el cual se cobró tres dedos de su mano izquierda en un incidente con una soga a la salida del puerto. Nunca llegó a casarse aunque ni se enamoró. Pasó sus últimos años de vida solo en aquella casa, escribiendo el que sería su último diario, releyendo los precedentes para recordar lo que un día fue su vida, paseando por la Alameda y fumando tabaco en su pipa.

A mí, una sensación de desasosiego me inundaba a veces en el camino de vuelta a casa. En la vida de aquel pescador sólo había existido la mar y la pesca. No hubo espacio para una familia. Una vida que se apagó en soledad. Me reconfortaba pensar que leyendo sus diarios le rendíamos tributo.

En la tarde del cinco de septiembre, nuestro pequeño mundo secreto desapareció. Una empresa constructora había comenzado a derruir la casa de Juan Manuel. Como si de nuestra propia casa se tratase, sentimos una punzada de dolor.

Todas aquellas tardes de verano, todas aquellas historias, todo había desaparecido entre un montón de escombros.

La vida de Juan Manuel Peña Martínez se desvanecía definitivamente aunque yo siempre guardaría como un gran tesoro aquella pipa y las tardes de aquel verano que viví con mis mejores amigos.